

LOS REYES CATOLICOS = EN EL TEATRO =

(DATOS PARA UN ESTUDIO)

POR

AGUSTÍN DEL SAZ

DOCTOR CON PREMIO EXTRAORDINARIO Y PROFESOR A.
EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID.



G-F 5540

IMP. RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID

DGCL

A

C. 1130038

t. 104482

A mi bella amiga
Marisa Florens en prue-
-ba de mi profundo afec-
-to

Agustín

Madrid - 1.º - V - 929.

LOS REYES CATOLICOS EN EL TEATRO

LOS REYES CATOLICOS = EN EL TEATRO =

(DATOS PARA UN ESTUDIO)

POR

AGUSTÍN DEL SAZ

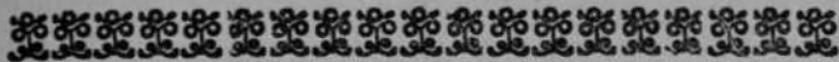
DOCTOR CON PREMIO EXTRAORDINARIO Y PROFESOR A.
EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID.



IMP. RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID

R. 81611

RESERVADOS
TODOS LOS DERECHOS



El teatro nacional, que en España fué bosquejado en Juan de la Cueva y definido en Lope, ha vivido persistentemente de nuestra historia. La tradición épica ha impresionado siempre, con visión realista, la propia inspiración de los románticos, que habían de consagrar las leyendas de modo definitivo.

El sugestivo tema de personas reales en escena (1) ha hecho vivir al público de todo tiempo la realidad dormida en los archivos de nuestra historia patria. Bien es verdad que no siempre que tan augustas figuras se presentaban en el tablado de la farsa, en labios de los cómicos, obedecían a una precisa realidad histórica; quizá los reyes aparecían falseados, unas veces en su beneficio, otras en su perjuicio; en las más de las veces el conjuro poético dramático nos los presentaba idealizados: el rey justiciero era la más noble y simpática figura de este teatro, nacido para el pueblo, que se apasionaba viendo a sus reyes,

(1) Tema éste hoy tan debatido en España con motivo de haberse suspendido la obra *Para el cielo y los altares*, del eminente dramaturgo don Jacinto Benavente.

si no como eran, por lo menos como ellos los deseaban o «ensoñaban» (1).

La figura de los Reyes Católicos en escena tiene, salvo muy rara excepción, una aureola de grandes simpatías; por eso nos parece interesante recordar su aparición bastante frecuente en el teatro español, máxime cuando se trata de insignes Monarcas, que tan sabiamente gobernaron a España, sabiéndose rodear de consejeros de modesta cuna, pero de alta inteligencia (2). Los Católicos Monarcas atrajeron la atención de nuestros grandes dramaturgos, desde el águila y fénix de los ingenios, Lope de Vega, no olvidando a Vélez de Guevara, a Calderón, a Antonio Hurtado, a algún romántico como García Villalta, Rodríguez Rubí y Gil y Zárate, y hasta nuestro contemporáneo el poeta Eduardo Marquina, que en *Las flores de Aragón* (1914) ha tratado con poético acierto en el teatro la leyenda del matrimonio de Fernando e Isabel.

Lope de Vega.—Ya sabemos las fuentes del teatro de Lope; sería vana erudición repetir las, pero no es inútil recordar que entre las principales están las Crónicas. Al tratar el tema de los Reyes Católicos,

(1) El académico francés Emile Faguet, autor de *Le romantisme depravateur*, ha rectificado con insigne acierto aquel concepto de la Literatura, que se decía «expresión» de la sociedad, cuando es en realidad «ensueño», no «expresión» de la sociedad.

(2) Tal nos lo demuestra el admirable estudio que el Catedrático don Eloy Bullón ha hecho sobre «El Doctor Palacios Rubios».

debió manejar, pues podía hacerlo, las *Décadas* (1), de Palencia, ahora traducidas por el señor Paz y Melia (2); también es interesante recordar la antigua versión castellana y la refundición que de las *Décadas* hizo Valera (3), y a Jerónimo Zurita (4); éstas fueron, indudablemente, las que utilizó, aunque pudo utilizar también las *Crónicas de los Reyes Católicos*, que compusieron Hernando del Pulgar, Andrés Bernáldez y Alonso Flores, que tan excelentes semblanzas hace de Fernando e Isabel.

La historia nos refiere la juventud de la católica Isabel, rodeada de licenciosas doncellas, insinuaciones de pecados juveniles a que quiere inducir la reina Juana. Y, sin embargo, supo ser la más honesta dama; por eso Lope, al presentárnosla en *El mejor mozo de España* (5), nos presenta a la in-

(1) *Gesta hispaniensia ex annalibus suorum dierum.*

(2) Crónica de Enrique IV, traducción española de don Antonio Paz y Melia. Madrid, 1904-1912.

(3) *Memorial de diversas fazañas.* (Biblioteca de Autores Españoles, t. LXX.)

(4) Anales de la Corona de Aragón (1562-1580). Ed. Lanaja. (Zaragoza, 7 volúmenes.)

(5) Menéndez Pelayo dice que esta obra «ha encontrado gracia a los ojos de algunos críticos por lo simpático de su asunto, por su fácil desempeño y por no alejarse demasiado de la historia». Pero el maestro no fué benevolente con Lope, pareciéndole mal tratar «como un cuento de viejas» tan elevado asunto; aunque comprendo que le produjera más efecto el realismo de las *Décadas*, de Palencia, me parece que hay en esta pieza muchas cosas notables.

fanta hilando, y pone en sus labios tales palabras:

«Tres cosas parecen bien:
el religioso rezando,
el gallardo caballero
ejercitando el acero
y la dama honesta hilando.»

El mejor mozo de España es Fernando el Católico, que es el «mejor mozo» por sus prendas personales, y es también «mozo», porque como tal aparecerá en la comedia.

Don Fernando es prudente; lo vemos en Zaragoza con don Fadrique, a éste deslumbrado por «la fama de la belleza» de Isabel; dice Fernando con simpática modestia: «Oh, ¿qué habrá de pretendores para Isabel?—La nobleza castellana,—¿no trata de aragones?...—Por Dios, Fadrique, yo fuera—suyo, si ella me quisiera.»

Como en historias de amor, Lope no se olvidó de mágicos presagios: el conjuro se asocia a una lejana visión de amor... Es Celinda la encargada de hacer aparecer una carta de su madre, carta de clave de adivina, que lee don Fernando:

«¡Extraños enigmas veo!
Aquí hay, Fadrique, una espada,
y a sus dos lados aquí
una F y una I,
una y otra coronada.
Debajo della hay gran gente,
que con diferente traje
yace degollada.»

Clave que fácilmente comprendemos: la unión de Fernando e Isabel, la de Aragón y Castilla, y las gentes degolladas «son los moros y hebreos—que echaré de España yo», según dice don Fernando.

Al final de la primera jornada, un caballero informa al Rey del discutido casamiento de la infanta Isabel, y nos pasa revista de pretendientes:

Caballero: «Unos dicen que la casan
con el Girón que en el pecho
trae la cruz de Calatrava,
porque es de los reyes deudo.
Otros, que al Duque famoso
De Segorbe es justo acuerdo.
.....
.....
Quieren que sea francés. .
.....
.....
Que a Alfonso el de Portugal,
ya viudo, otros dijeron;
que se traiga de Alemania
algún Príncipe mancebo
de los de la Casa de Austria.»

Pero el Caballero habla del infante don Fernando con más entusiasmo:

Caballero: «Mozo gallardo y dispuesto,
y que tiene al almirante
de Castilla, por abuelo,
y está en Aragón valido,
después de haber, como un Héctor,
ayudado en Perpignan
a su padre..»

La Embajada al Duque de Segorbe (que no había desagradado a Isabel en retrato), de gran exactitud histórica, nos da ocasión de conocer la ironía de Lope, tales las palabras sangrientas que les dirige don Gutierre, y a las cuales son buen remate «Pensamientos fueron vanos.—El tiene muy lindas manos,—pero no para Isabel.»

De contraste nos sirve esta escena con la que se desarrolla en la sala del Alcázar de Zaragoza. ¡Cómo contrasta el presuntuoso Duque de Segorbe con la simpática humildad de don Fernando! Al invocar don Gutierre el nombre de la Princesa de Castilla, don Fernando se descubre:

D. Fernando: «Porque es justo,
a quien el mundo respeta,
hacedle esta cortesía
en presencia y en ausencia.
No es Isabel mujer, no
(si es posible que lo sea),
que se ha de hablar en su nombre
sin hacerle reverencia.»

Su sencilla modestia, su noble cortesía, enamora a los embajadores. Don Fernando llegará a Castilla de «mozo de espuelas», y don Gutierre agrega: «y yo llevaré a la Reina—el mejor mozo de España». Esta doble acepción, a que antes aludí, es la justificación del título.

En la habitación de la Princesa en Dueñas, doña Isabel se interesa por la suerte del mensaje que fué a Aragón. La Princesa presiente su futuro amor; en estas escenas, la melancolía envuelve el diálogo, y

evocado Aragón por doña Juana, Lope muestra la sugestiva atracción del infante aragonés, cuya F inicial, al aparecer en una cedulilla de entretenimiento, la encuentra la Princesa digna de «coronar una letra—que tiene tan lindo talle» (1), y cuando por un olvido de doña Juana la tal cedulilla aparece dentro de un anillo, que encuentra don Rodrigo y le muestra a Isabel, lo supone providencial, porque «Fernando ha de ser Rey».

En la sala de la posada vemos a don Fernando como «mozo de espuelas»; es un trozo de picaresca, sobre todo el breve diálogo de Isabel y Martín.

Don Fernando, al fin, entrará en la habitación de la Princesa en Dueñas, aparecerá confundido, y la Princesa le conocerá por una capa gascona, como seña vestimental. Cuando doña Juana pregunta: «¿Puedo darte el parabién?», contesta doña Isabel:

«Podrás, secretaria mía;
porque si la fama fué
del aragonés tan bella,
mayor fué la vista que ella.»

.....

«Ya no te puedo decir
mas de que he sido dichosa.
De presencia tan hermosa,
cualquiera puede argüir
el alma que ha de tener.»

(1) Constantemente en esta y en otras comedias se hacen frecuentes elogios al «talle» de don Fernando. Así, por ejemplo, la hermosa Isabel, en la posada, refiriéndose al supuesto «mozo», nos dice: «¡Hay tan lindo *talle* y cara!— ¡Hay tal presencia!»

Se comprenden, pues se habían deseado ya antes de conocerse, y en sus escenas sobrias y cortas, Lope termina haciendo que Castilla hable:

Castilla: «... ..
Aquí se ven coronadas
la F y la I que os dijo
en aquel papel Sultana.
Esta granada mirad,
que habéis de poner por armas
entre el castillo y león
y la aragonesa banda.
... ..

Tal es la «tragicomedia» de *El mejor mozo de España*, que dista mucho de otras admirables joyas de Lope; pero donde la historia de los Monarcas y la preparación de sus bodas, está sobriamente sedimentada en esta simpática pieza.

El Caballero de Illescas. Esta comedia de Lope, que como el *Caballero del milagro*, constituyen una escenificación de la picaresca, nos representa al infante don Fernando con una «capa gascona», con sombrero y plumas, ante el Palacio de Isabel de Castilla; ha de entrar en él en la forma que hemos visto en *El mejor mozo de España*, y don Juan le dice: «Y así, al descuido, mírala en entrando,—verás un sol, y cegarás mirando.»

Cuando don Fernando queda solo, le acometen unos soldados, y Juan Tomás (el Caballero de Illescas) le defiende de los tres que le acuchillan, y en premio recibe un diamante, que ha de vender al Rey

si se casa Isabel con Fernando, y el cual no cederá a otro, por grande que sea la necesidad en que se encuentre. Este rico diamante produce al «Caballero de Illescas», que como tal aparece en Italia:

Juan: «Tragó mi hacienda
el mar; dejóme una prenda,
que empeñar o vender quiero,
porque todos mis criados
me dejaron en el puerto
buscando dueño más cierto.»
... ..
La prenda que yo os decía
es este hermoso diamante,
al lucero semejante
apostador del día.»

Vendido el diamante, el flamante caballero es don Juan de la Tierra (1), que rapta a Octavia, la hija del Conde Antonio; pero la desgracia hace que naufrague la embarcación, y con ella toda la riqueza de los amantes... Es el Conde Antonio el que en los finales de la obra reclama a los Reyes Católicos justicia por el rapto de su hija en Italia, y esto permite a Lope mostrar la fe del Rey Católico en su esposa; al decir el Conde: «Quien confía en mujer, yerra», contesta el Rey:

(1) El señor Cotarelo y Mori, nos dice debió tener tanta fama que «trascendió al vulgo, y la literatura popular recogió el tipo del protagonista en un romance.. Parece compuesto en el siglo XVIII por un tal Pedro Salvador». *Obras de Lope de Vega*, publicadas por la Real Academia Española. Tomo IV, Madrid, 1917.

D. Fernando: «Como fuere en quien confia,
que si mil vidas tuviera,
en confianza las diera
a un cabello de la mía.»

El Marqués de Santillana da cuenta de un pregón, en que se advierte que el que hubiere perdido a la puerta del Palacio de Madrid un diamante de 14.000 ducados, se le devolverá; el Rey comprende que se trata de su salvador, que es al propio tiempo el raptor de la hija del Conde. Lope lo arregla todo, haciendo a Juan Tomás sobrino del Conde Antonio, y dando nuevas muestras de la magnanimidad de los Reyes, que le conceden por armas el anillo, 2.000 ducados y una legua de dehesa en la orilla del Tajo, y en las bodas, los propios Reyes serán padrinos.

En *Fuente Ovejuna*, la bella y conocida obra de Lope, donde amontonó toda la fuerza del «demos», donde se presenta la acción de una colectividad, se nos muestran las personas reales con una aureola de grandeza; es esta obra una alianza del pueblo y los Reyes. Noble magnificencia hay en todo, desde el perdón que el Rey Católico concede al Maestre de Calatrava, hasta la presencia del pueblo ante los Monarcas, a los cuales ve por los ojos de Laurencia «por mi fe que son hermosos». Los sencillos pueblerinos, que habían hecho una revolución a los gritos de «¡Viva Fernando e Isabel!», acuden a la jurisdicción de ellos, no bastando ni el tormento para hacerles hablar, hasta la presencia de los Reyes, dándoles, en «abono su inocencia», y recibiendo aquel perdón del noble

Fernando, «y la villa es bien se quede—en mí, pues de mí se vale».

Hasta tal punto sabe Lope hacer populares a los Monarcas, y no es sólo en estas tres obras; los veremos aparecer en esa especie de *Ciropedia* dramática que es *El Príncipe Perfecto*; en *El Piadoso Aragonés*, en que Lope falta a la verdad histórica, pues vemos a «Don Fernando el Católico, que hizo sus primeras armas en la batalla de los Prados del Rey, derrotando al Condestable de Portugal en 1465; es decir, cuatro años después de la muerte del Príncipe su hermano, aparece ganando batallas contra él, y por añadidura casado con la Reina Católica, matrimonio que no se efectuó hasta 1469, como ningún español ignora». (M. P.) El Piadoso Aragonés (nada menos que Juan II) ha falsificado de tal modo la historia, que todo resulta desconocido. El Príncipe de Viana, que tan simpático nos lo ha mostrado siempre la literatura, nos lo hace Lope ambicioso y brutal.

Esta obra es un gran desierto del gran Lope.

También aparecen los Reyes en la simpática y romancesca historia de *Pedro Carbonero*, bonita tragicomedia del valiente guerrillero. *Los Comendadores de Córdoba*, es aquí la presencia del Rey Católico perdonando y hasta honrando, en este drama de intensa fibra, al que mató por honor. Es la invención del episodio del «anillo donado por el Rey al veinticuatro, por el veinticuatro a su mujer y por ella a su amante». Damas Hinard señala «los caracteres de Fernando e Isabel; el uno, tenaz, circunspecto y cau-

teloso; la otra, inteligente, piadosa, prudente y resuelta, conformes a la historia» (1).

Las *Cuentas del Gran Capitán* son una invención vulgar; pero según acontece con todas las anécdotas famosas, tiene ésta cierto valor simbólico como censura de la parsimonia y suspicacia del Rey Católico..., que queda injustamente rebajada en la obra de Lope por una especie de prevención e inquina que no ha sido rara en los escritores castellanos». Así emite su juicio el preclaro Menéndez Pelayo; pero no olvidemos que a la fecundidad fué siempre imposible pedir perfecciones y constantes aciertos, y, además, contra esta figura de don Fernando se levanta *El mejor mozo de España*.

Aun tiene Lope más obras en que aparecen en escena los Reyes Católicos; tales son *Los hechos de Garcilaso de la Vega y moro Tarfe*, *El cerco de Santafé e ilustre hazaña de Garcilaso de la Vega* y *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón* (2).

Luis Vélez de Guevara.—No es sólo Lope el cultivador del tema de los Reyes Católicos; es Luis Vélez de Guevara, que en *La luna de la sierra* nos presenta a la Reina Católica, y donde encontramos un tan interesante diálogo, reflejo del cariño de los Reyes:

(1) Damas Pinard: *Théâtre de Lope de Vega*: París, 1892.

(2) *Obras de Lope de Vega*, publicadas por la Real Academia Española. Tomos X y XI. Madrid, 1899-1900.

Doña Isabel: Seáis, gloria de Castilla,
(*A don Fernando.*)
muy bien venido.

D. Fernando: Blasón
de Castilla y Aragón,
y del mundo maravilla,
muy bien hallada seáis.

Doña Isabel: ¿Cómo venís?

D. Fernando: Vida tengo
cuando a vuestros brazos vengo.

Doña Isabel: Lo que me debéis, pagáis.

Es en *La niña de Gómez Arias*, en que Calderón inspiraría su obra de igual título, y donde vemos la gran energía de Isabel la Católica, que en un bando anuncia «pena de traidor», porque tal opina:

Reina Isabel: «Para que digan los siglos
si hubo una mujer burlada,
que otra que la vengue ha habido.
.....
En cualquier delito, el Rey
es todo. Si parte has sido
tú, y le perdonas, yo no,
porque no quede a los siglos
la puerta abierta al perdón
de semejantes delitos.»

Tomás Rodríguez Rubí.—Este, que fué el más comprendido y aplaudido de cuantos escribieron en la primera mitad del siglo XIX, escribió una obra dramática dedicada a «Isabel la Católica», de la cual, así como *Rueda de la fortuna* y *Borrascas del Corazón*, las considera Piñeyro «composiciones dra-

máticas que nos parecen y se tienen hoy como medianas, o menos que medianas, obtuvieron desde su aparición éxito más ruidoso...» (1). La obra está dividida en seis cuadros (2). El primero nos presenta a la Reina Isabel bordando una banda; a sus pies dormita el niño Pimentel (hijo del Conde de Benavente). Su cabeza, vacilante por el sueño, que se lo produce el latín de doña Beatriz, termina dejándola caer sobre las rodillas de la Reina, que lo acoge con ternura a pesar de las protestas de La Latina, que lo juzga irreverente; la alta inteligencia de doña Isabel cree conveniente adoptar a su servicio los hijos de los nobles, que serán futuro sostén del trono. En toda la obra me parece encontrar que la Reina siente una extraordinaria veneración por el Gran Capitán. Rodríguez Rubí nos anuncia su presencia en escena, con un bonito cuento que hace doña Beatriz, en que Gonzalo de Córdoba salva a la bella *Estrella de Córdoba*, para su anciano padre; las prendas de don Gonzalo las refiere doña Beatriz hiperbólicamente.

Pero el carácter de la Reina lo realza su «entereza»; no basta el recuerdo de Toro, aún más ante el Cardenal Mendoza, que propone la paz en nombre del de Portugal.

Reina: No quiero paz que me humilla:

(1) Enrique Piñeyro: *El Romanticismo en España*. París (s. a.)

(2) He consultado los seis cuadernos en que se conserva manuscrita en la Biblioteca Municipal,

Sucedá lo que suceda,
no hay quien me obligue a que ceda
ni un átomo de Castilla...

No amedrenta a la insigne Reina el palacio invadido por la turbulenta muchedumbre, y rasga el pergamino de las paces ante el pueblo, ganándolo a una honrosa guerra.

Zapata y Gricio, secretarios de la Reina, se atreven a contrastar los talentos de los Reyes..., así invocado el nombre de Fernando:

Zapata: Sí,

pero ese ya es otro cuento.

Gricio: Es valiente.

Zapata: Buena lanza

y cumplido caballero.

Peró de aquí... (*Señala la frente.*) no hay
[gran cosa.

¡Oh!... Pues si no fuera eso,

ella vale mucho más...

¡Pero mucho!

Corta el diálogo la prudente Isabel, y en la misma escena dicta: crear la Santa Hermandad, las Ordenanzas Reales, que había de revisar Alfonso Díaz de Montalvo; el democrático proyecto de anular las donaciones reales... Es la visión del genio de la gran mujer y el respeto hacia el saber, como luego queda demostrado en el cuadro cuarto, en el palacio de la Alhambra, en que Gonzalo de Córdoba, a quien la Reina venera, defiende los proyectos de Colón, que don Fernando había de calificar de «patrañas», pero

que doña Isabel atiende... El fondo del diálogo de Colón marca queja amarga, pero doña Isabel no se disgusta:

Isabel: Pues bien: respeto
hasta el desaire de los sabios.
Sé muy bien por mi fortuna,
... ..
que es más sublime en su esencia
la majestad de la ciencia
que la alteza de la cuna.

Y Colón, admirado como un loco, pudo ir a su utópica empresa, gracias a las joyas de Isabel la Católica, cuyo oro importaba doble que los exhaustos tesoros castellanos.

Rodríguez Rubí entusiasmó a su público, y si los críticos modernos no encontraron en la obra bellezas estéticas extraordinarias, en cambio nos presentó a Isabel la Católica con todas sus excelsas cualidades.

Antonio Gil y Zárate.—En el drama en cinco actos titulado *El Gran Capitán*, hace que Elvira, la hermosa hija de don Gonzalo de Córdoba, en el palacio de Nápoles, ante las pretensiones del Duque de Nemours, nos hable de la lejana Castilla, evocando la sencillez y modestia de sus mujeres, en la persona de la Reina:

Elvira: Su casa es sagrado templo
de pureza y de quietud;
mas, ¿qué mucho si contemplo
que una gran reina el ejemplo

nos muestra de la virtud?
Bella Isabel, su blasón,
de grande y hermosa, trueca
por un puro corazón;
y el cetro mundano en rueca,
tuerce el nevado vellón;
y a par que el reino espacioso
sus decretos soberanos
hacen grande y poderoso,
vestir le agrada a su esposo
con la labor de sus manos.

José García Villalta.—*El Astrólogo de Valladolid* es una comedia histórica en cinco actos y en verso; los amores de los futuros Reyes Católicos están reflejados con sus legendarios cauces... Las angustias de la infanta Isabel, a través de las primeras escenas:

Doña Isabel: «Y qué, no es bastante verme a cada hora de astutos ministros víctima infelice?
Sagaces, deslumbran a Enrique, mi hermano.
Cábalas mezquinas trámanle en redor,
y agora en rehenes le piden mi mano.
y agora la piden en signo de amor.

Esta obra tiene el encanto del misterioso doncel Ferrán Calvo, que se atreve a leer a la infanta unas trovas, y que ella se muestra enamorada:

Doña Isabel: ¿Por qué cuna pobre me ha negado el cielo?
¿Por qué regia cuna le ha negado a él?

Pero en el acto segundo es donde doña Isabel muestra su enérgica presencia de espíritu, figura en

contraste con la del Rey Enrique, a quien Villalta hace exclamar: «¡Cuánto mi corona pesa!», y ante la pretensión del hermano del de Villena, dice al Rey:

Doña Isabel: Soy, Enrique, vuestra hermana;
en vano humillarme piensan:
el convento o el cadalso
rescatarán mi pureza.

Así no nos sorprende saber después que rasgó el pliego, proponiendo su enlace con Pedro Girón, Maestro de Calatrava; y que luego las especiales circunstancias habían de obligarle a aceptar con la paz ofrecida por su hermano el Marqués de Villena.

El acto quinto nos la presenta ante el Maestre en Valladolid, y le pide la libertad de sus horas hasta el enlace... y en ellas el doncel Ferrán, el Arzobispo Fonseca y el Conde Treviño le han convencido...

Algo brusco hay en la escena, cortada por la aparición de Isabel del brazo de Ferrán; estos momentos se hacen desear por el interés novelesco del caso, aumentado cuando a la reclamación del de Villena, que llama a Isabel, dice el hasta entonces humilde doncel:

Ferrán: Suplicadme de rodillas
que os la quiera conceder.

Al estupor que produce en la escena la locura del paje, pone fin el propio

Ferrán: Respetad a don Fernando,
el Infante de Aragón.

La simpatía que el doncel despertaba en los espectadores, desde el primer momento, encontraba una completa satisfacción, y a ella presta una nota de misterio más el Astrólogo, aquel médico Abiabar, que predice a Isabel que fundará la Monarquía.

Eduardo Marquina.—Este insigne escritor contemporáneo y afortunado cultivador del teatro poético, escribió *Las Flores de Aragón*, comedia histórica en cuatro actos (1). Marquina ha concentrado los más bellos motivos... Aquí llega a la escena el júbilo de un torneo; los que observan tras la ventana nos lo refieren: un noble doncel aragonés disputa con el Duque de Guiena. El doncel, que nos recuerda al Ferrán Calvo, de García Villalta, lleva en su escudo una dulce cifra: «Esperanza». Como todos los dramaturgos, Marquina no se olvida de mostrar la varonil energía de la Reina, que aquí dice al Marqués de Villena:

Isabel: Pues de una vez para todas
vuelvo a mandaros, Villena,
que ni os cuidéis de mis bodas,
ni me mostréis la cadena.
Viva o muerta, entre los dos,
Marqués, toda habla es de enojo:
muerta por guardarme Dios;
viva, porque haré mi antojo.

(1) Fué estrenada el 1 de noviembre de 1914 en el teatro de la Princesa, por la eximia actriz María Guerrero, que hizo una magnífica creación de Isabel la Católica,

Marquina, al presentar la entrevista primera de Fernando e Isabel, nos da a conocer que ésta tiene la intuición de que está hablando con el Infante, sin que por eso el interés se debilite en la obra. García Villalta lo llevó de incógnito riguroso hasta el final; Marquina ha podido hacer, honradamente, una bella escena. La promesa de una banda (1) que tendría por cifra dos *eses*... En cuanto a Fernando el Católico, en su disfraz de «mozo de espuela», nos es muy conocido por Lope de Vega.

Nuestros dramaturgos han cultivado el motivo de la Reina laboriosa, enamorada de la rueca; así la vimos en *El mejor mozo de España*, así la veíamos bordar en *Isabel la Católica*, así la invocó en Nápoles la bella Elvira, de *El Gran Capitán*, y Marquina, enamorado del tema histórico, en su acto cuarto, no se olvida de colocar en un rincón del estrado la rueca de doña Isabel, y cuando la melancolía de la espera trae lágrimas, y ésta busca algo, Beatriz adivina:

Beatriz: ¿La rueca?

Isabel: Sí. quiero hilar;
que cuando está el alma seca,
no hay cosa como una rueca
para volverla a ablandar...

La figura de los Católicos Monarcas aparece en otras obras, algunas de importancia, como *El Anillo del Rey*, en que Antonio Hurtado presenta la

(1) Banda que Rodríguez Rubí hacía bordar a la Reina en la primera escena de *Isabel la Católica*.

leyenda del casamiento, que con tanto cariño hemos visto tratar a Lope, y que los románticos, verdaderos enamorados del tema histórico, trataron con bello decoro en la escena, aunque su presentación no fuera siempre afortunada; pero es innegable que estos autores los hicieron populares, y casi siempre inyectaron al público hondas simpatías y corrientes de cariño en torno a las reales personas que tantas veces aparecían en los tablados de la farsa, para recordar a los pueblos de Castilla y Aragón que los justicieros Monarcas los sabían comprender y amparar contra los abusos de los poderosos, y para también recordarles que las personas reales tenían una sensibilidad idéntica a sus vasallos, y graves disgustos y contrariedades, que sólo hacían olvidar las ternuras conyugales. Los Reyes Católicos se han acercado hasta su pueblo en los labios de los actores, desde los tiempos de Lope hasta los de Marquina, y una aureola de gloria ha vivificado el conjuro poético dramático de los sabios Monarcas destinados a eterna vida en la musa teatral de España.

(Trabajo publicado en el primer número del *Boletín de la Universidad de Madrid*. Enero 1929.)





